

CONSEJO PONTIFICIO
PARA LA PROMOCIÓN DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Materiales para la

**SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS
y para el resto del año 2011**

Para tener en cuenta

Esta es la versión española del texto para la Semana de oración de la unidad de los cristianos 2011. El material, con miras a su difusión internacional, ha sido preparado por una comisión mixta nombrada por el *Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos* y la *Comisión Fe y Constitución* del Consejo Mundial de Iglesias, con base en una propuesta de un grupo ecuménico de Jerusalén. Las Comisiones ecuménicas de las Conferencias Episcopales y de los Sínodos de las Iglesias católicas de rito oriental han sido invitadas a adaptar el texto de acuerdo con la situación ecuménica local y las distintas tradiciones litúrgicas presentes en el territorio.

Si desea obtener una copia del texto adaptado a su contexto, le invitamos a ponerse en contacto con la Comisión ecuménica de su Conferencia episcopal o su Sínodo local.

**Traducción preparada por la Comisión para las relaciones interconfesionales
de la Conferencia Episcopal Española**

*Unidos en la enseñanza de los apóstoles,
la comunión fraterna, la fracción del pan y la oración
(cf. Hch 2,42)*

Preparados conjuntamente por el
Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos y la
Comisión Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias

A todos los que organizan la Semana de oración por la unidad de los cristianos

Buscar la unidad durante todo el año

Tradicionalmente, la *Semana de oración por la unidad de los cristianos* se celebra del **18 al 25 de enero**. Estas fechas fueron propuestas en 1908 por Paul Watson para cubrir el periodo entre la fiesta de san Pedro y la de san Pablo. Esta elección tiene un significado simbólico. En el hemisferio Sur, donde el mes de enero es tiempo de vacaciones de verano, se prefiere adoptar igualmente otra fecha, por ejemplo en torno a Pentecostés (sugerido por el movimiento Fe y Constitución en 1926) que representa también otra fecha simbólica para la unidad de la Iglesia.

Guardando esta flexibilidad de espíritu, os animamos a considerar estos textos como una invitación para encontrar otras ocasiones, a lo largo del año, y expresar el grado de comunión que las Iglesias ya han alcanzado, y orar juntas para llegar a la plena unidad querida por Cristo.

Adaptar los textos

Estos textos que han sido propuestos, cada vez que sea posible, se procurará adaptarles a las realidades de los diferentes lugares y países. Al hacerlo, se deberá tener en cuenta las prácticas litúrgicas y devocionales locales así como el contexto social-cultural. Tal adaptación deberá comportar normalmente una colaboración ecuménica. En muchos países, las estructuras ecuménicas existen y permiten este género de colaboración. Esperamos que la necesidad de adaptar la Semana de oración a la realidad local pueda animar la creación de esas mismas estructuras allí donde éstas no existen todavía.

Utilizar los textos de la Semana de oración por la unidad de los cristianos

Para las Iglesias y las Comunidades cristianas que celebran juntas la Semana de oración en una sola ceremonia, este folleto propone un modelo de Celebración ecuménica de la Palabra de Dios.

Las Iglesias y las Comunidades cristianas pueden igualmente servirse para sus celebraciones de las oraciones y de otros textos de la *Celebración ecuménica de la Palabra de Dios*, de los textos propuestos por el *Octavario* y de las oraciones presentes en el apéndice de este folleto.

Las Iglesias y Comunidades cristianas que celebran la Semana de oración por la unidad de los cristianos cada día de la semana, pueden encontrar sugerencias en los textos propuestos para el *Octavario*.

Para Las personas que desean realizar estudios bíblicos sobre el tema de la Semana de Oración pueden servir de apoyo igualmente los textos y las reflexiones bíblicas propuestas para el *Octavario*. Los comentarios de cada día pueden concluir con una oración de intercesión.

Para las personas que desean orar en privado, los textos de este folleto pueden animar sus oraciones y su llamada a la comunión con todos aquellos que oran en todo el mundo por una mayor unidad visible de la Iglesia de Cristo.

Texto bíblico

(Hch 2, 42-47)

Todos se mantenían constantes a la hora de escuchar la enseñanza de los apóstoles, de compartir lo que tenían, de celebrar la cena del Señor y de participar en la oración. Todo el mundo estaba impresionado a la vista de los numerosos prodigios y señales realizados por los apóstoles. En cuanto a los creyentes, vivían todos de mutuo acuerdo y todo lo compartían. Hasta vendían las propiedades y bienes, y repartían el dinero entre todos según la necesidad de cada cual. A diario acudían al Templo con constancia y en íntima armonía, celebraban en familia la cena del Señor y compartían juntos el alimento con sencillez y alegría sinceras. Alababan a Dios, y toda la gente los miraba con simpatía. Por su parte, el Señor aumentaba cada día el grupo de los que estaban en camino de salvación

Biblia traducción interconfesional (Madrid 2008)

Introducción al tema

La Iglesia de Jerusalén, ayer, hoy y mañana

Hace dos mil años, los primeros discípulos de Cristo reunidos en Jerusalén tuvieron la experiencia de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés y han estado reunidos en la unidad que constituye el cuerpo del Cristo. Los cristianos de siempre y de todo lugar ven en este acontecimiento el origen de su comunidad de fieles, llamados a proclamar juntos a Jesucristo como Señor y Salvador. Aunque esta Iglesia primitiva de Jerusalén ha conocido dificultades, tanto exteriormente como en su seno, sus miembros han perseverado en la fidelidad y en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones.

No es difícil constatar que la situación de los primeros cristianos de la Ciudad Santa se vincula hoy a la Iglesia de Jerusalén. La comunidad actual conoce muchas alegrías y sufrimientos que fueron las de la Iglesia primitiva: sus injusticias y desigualdades, sus divisiones, y también su fiel perseverancia y su consideración de una unidad mayor entre los cristianos.

Las Iglesias de Jerusalén nos hacen actualmente entrever lo que significa luchar por la unidad, incluso en las grandes dificultades. Nos muestran que la llamada a la unidad puede ir bien más allá de las palabras y orientarnos de verdad hacia un futuro que nos haga anticipar la Jerusalén celestial y contribuir a su construcción.

Es necesario el realismo para que esta idea se convierta en realidad. La responsabilidad de nuestras divisiones nos incumbe; son fruto de nuestros propios actos. Debemos transformar nuestra oración, y pedir a Dios transformarnos nosotros mismos para que podamos trabajar activamente para la unidad. Tenemos buena voluntad para pedir por la unidad. Puede que el Espíritu Santo nos anime a nosotros mismos ante el obstáculo de la unidad; ¿nuestra propia soberbia impide la unidad?

La llamada a la unidad llega este año desde Jerusalén, la Iglesia madre, a las Iglesias del mundo entero. Conscientes de sus propias divisiones y de la necesidad de hacer ellas mismas mucho más por la unidad del Cuerpo de Cristo, las Iglesias de Jerusalén piden a todos los cristianos redescubrir los valores que constituyen la unidad de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, cuando era asidua a la enseñanza de los Apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones. He aquí el desafío que tenemos. Los cristianos de Jerusalén piden a sus hermanos y

hermanas hacer de esta semana de oración la ocasión de renovar su compromiso para trabajar por un verdadero ecumenismo, arraigado en la experiencia de la Iglesia primitiva.

Cuatro elementos de unidad

Las oraciones de 2011 para la Semana de oración por la unidad de los cristianos han sido preparadas por los cristianos de Jerusalén, que eligieron el tema de los Hechos 2,42: “Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones.” Este tema nos recuerda los orígenes de la primera Iglesia de Jerusalén; invita a la reflexión y a la renovación, a una vuelta a los fundamentos de la fe; invita a recordar el tiempo en que la Iglesia era aún indivisa. Cuatro elementos se presentan para meditar este tema; fueron características destacadas de la comunidad cristiana primitiva y son esenciales para la vida de toda comunidad cristiana. En primer lugar, los apóstoles transmitieron la Palabra. En segundo lugar, una de las características destacadas de la primera comunidad que creía cuando se reunía, era la comunión fraterna (koinonia). Una tercera característica de la Iglesia primitiva consistía en celebrar la Eucaristía (la “fracción del pan”), en memoria de la Nueva Alianza que Jesús realizó a través sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. El cuarto aspecto era la ofrenda de una oración continua. Estos cuatro elementos son los pilares de la vida de la Iglesia y de su unidad.

La comunidad cristiana de Tierra Santa propone poner de relieve estos elementos fundamentales y ruega a Dios por la unidad y la vitalidad de la Iglesia extendida por el mundo. Los cristianos de Jerusalén invitan a sus hermanas y hermanos en todo el mundo a unirse a su oración en su lucha por la justicia, la paz y la prosperidad de todos los pueblos de esta tierra.

Los temas del Octavario

Un planteamiento de fe puede ser percibido a través de los temas del octavario. Desde su inicio en la habitación superior, la comunidad cristiana primitiva experimenta la efusión del Espíritu Santo, que la vuelve capaz de crecer en la fe y la unidad, en la oración y la acción, para convertirse realmente en la comunidad de la resurrección, unida a Cristo en su victoria sobre todo lo que nos separa unos de otros y de Él. La Iglesia de Jerusalén se transforma así en faro de esperanza, anticipo de la Jerusalén celestial, llamada a reconciliar no solamente nuestras Iglesias sino a todos los pueblos. Este camino es guiado por el Espíritu Santo que conduce a los primeros cristianos al conocimiento de la verdad sobre Jesucristo, y llena a la Iglesia primitiva de signos y maravillas. Prosiguiendo su planteamiento, los cristianos de Jerusalén se reúnen con fervor para escuchar la Palabra de Dios transmitida por la enseñanza de los apóstoles, y se reúnen en la comunión fraterna para celebrar su fe en el sacramento y la oración. Llena de poder y de esperanza en la resurrección, la propia comunidad celebra la certeza de su victoria sobre el pecado y la muerte, para tener el proyecto y el valor de ser ella misma instrumento de reconciliación, capaz de inspirar a todos los pueblos y de llamarles decididamente a superar las divisiones y las injusticias que sufren.

El día primero sitúa los orígenes de la Iglesia madre de Jerusalén y se muestra claramente la continuidad con la Iglesia extendida hoy a través del mundo. Nos recuerda el valor de la Iglesia primitiva que daba fielmente testimonio a la verdad, al igual que hoy nosotros tenemos que trabajar por la justicia tanto en Jerusalén como en el resto del mundo.

El día segundo recuerda que la primera comunidad reunida en Pentecostés se componía de orígenes muy distintos, y que, de la misma manera, se encuentran hoy en la Iglesia de Jerusalén una gran diversidad de tradiciones cristianas. Tenemos presente el desafío de realizar una unidad visible aún más extendida, por los medios que tienen en cuenta nuestras diferencias y nuestras tradiciones.

El día tercero presta atención al aspecto más fundamental de la unidad: la Palabra de Dios comunicada a partir de la enseñanza de los apóstoles. La Iglesia de Jerusalén nos recuerda que, cualesquiera que sean nuestras divisiones, esta enseñanza nos exhorta a que nos gastemos por amor los unos a los otros, y en la fidelidad al único cuerpo que es la Iglesia.

El día cuarto insiste sobre la participación como segunda expresión de la unidad. Sobre el método de los primeros cristianos que ponían todo en común, la Iglesia de Jerusalén pide a todos sus hermanos y hermanas de la Iglesia compartir sus bienes y sus preocupaciones en la alegría y la generosidad de corazón, para que nadie permanezca en la necesidad.

El día quinto se refiere al tercer aspecto de la unidad: la fracción de pan, que nos reúne en la esperanza. Nuestra unidad se extiende más allá de la santa comunión; debe implicar una actitud correcta en cuanto a la vida moral, a la persona humana y al conjunto de la comunidad. La Iglesia de Jerusalén pide a los cristianos unirse en “la fracción del pan”, ya que una Iglesia dividida no puede expresarse con autoridad sobre las cuestiones de justicia y paz.

El día sexto presenta la cuarta característica de la unidad; como la Iglesia de Jerusalén, sacamos nuestra fuerza del tiempo que pasamos orando. Nuestro Padre, muy especialmente, nos llama a todos, débiles o fuertes, tanto en Jerusalén como en el resto del mundo, a trabajar juntos por la justicia, la paz y la unidad para que venga el reino de Dios.

El día séptimo nos lleva más allá de estos cuatro elementos de unidad: la Iglesia de Jerusalén proclama alegremente la resurrección, incluso mientras aguanta el sufrimiento de la cruz. La resurrección de Jesús es para los cristianos de la Jerusalén actual una esperanza y una fuerza que les hace capaces de seguir siendo constantes en su testimonio, y de trabajar por la libertad y la paz en la Ciudad de la paz.

El día octavo concluye el planteamiento sobre una llamada hecha por las Iglesias de Jerusalén en favor de un servicio más extenso: el de la reconciliación. Aunque los cristianos llegasen a la unidad entre ellos, no habrán acabado su trabajo, ya que ellos mismos deben reconciliarse con otros. En el contexto de Jerusalén, se significa entre palestinos e israelíes; en otras comunidades, los cristianos deben buscar la justicia y la reconciliación en el contexto que les es propio.

El tema de cada día se ha elegido no solamente para recordarnos la historia de la Iglesia primitiva, sino también para que las experiencias de los cristianos de la Jerusalén actual estén presentes espiritualmente, y nos inviten a reflexionar a todos sobre la manera en que podemos aprovechar en nuestras comunidades cristianas locales este tipo de experiencia. Durante este planteamiento de ocho días, los cristianos de Jerusalén nos invitan a proclamar y a testimoniar que la unidad -en su pleno sentido de fidelidad a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones- nos hará capaces de triunfar juntos sobre el mal, no sólo en Jerusalén, sino por todas partes del mundo.

Preparación del material de la semana de oración por la unidad de los cristianos 2011

El trabajo inicial que ha permitido la publicación de este folleto ha sido realizado por un grupo de responsables cristianos de Jerusalén. Se reunieron por la invitación del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Su reflexión ha sido facilitada por el Centro Ecuménico de Jerusalén. Queremos recordar especialmente a los que han colaborado:

Su Beatitud Michel Sabbah, Patriarca latino emérito de Jerusalén;
Su Gracia Munib Younan, Obispo de la Iglesia evangélica luterana en Jordania y en Tierra Santa;
El Reverendo Naim Ateek, de la Iglesia episcopal de Jerusalén y Oriente Medio;
El Padre Frans Bouwen, de la Iglesia Católica (romana);
El Padre Alexander, del Patriarcado greco ortodoxo de Jerusalén;
El P. Jamal Khader, de la Universidad de Belén;
El Sr. Michael Bahnam, del Patriarcado sirio ortodoxo de Antioquía;
El Sr. Nora Karmi, de la Iglesia armenia ortodoxa;
El Sr. Yusef Daher, de la Iglesia greco melkita católica.

Los textos propuestos aquí han sido definitivamente aprobados en el encuentro del grupo preparatorio internacional designado por la Comisión Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias y el Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos de la Iglesia Católica.

El encuentro del grupo preparatorio internacional se celebró en el monasterio San Cristóbal de Saydnaya, en Siria. Los participantes desean agradecer a su Beatitud Ignacio IV, Patriarca greco ortodoxo de Antioquía y a su personal en Damasco y Saydnaya por su calurosa recepción y su amable hospitalidad, así como a los responsables de Iglesias de las diversas tradiciones cristianas por su apoyo y su estímulo.

INTRODUCCIÓN A LA CELEBRACIÓN ECUMÉNICA

*“Eran fieles a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna,
a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2,42).*

El tema propuesto este año, para nuestra meditación, por las Iglesias de Jerusalén invita a los cristianos del mundo entero a dedicar un tiempo de reflexión a sus relaciones con la Iglesia madre de Jerusalén, con el fin de poder hacer una nueva reflexión de su propia situación. De esta comunidad de Jerusalén nacieron todas las demás comunidades. La comunidad terrestre de Jerusalén prefigura la Jerusalén celestial donde se reunirán todos los pueblos en torno al trono del Cordero para alabar y adorar a Dios eternamente.

Los cristianos de Jerusalén invitan en nuestras reuniones ecuménicas de 2011 a meditar sobre la importancia de nuestra asiduidad a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones, elementos que nos unen a pesar de nuestro nombre, en el único Cuerpo de Cristo. Las Iglesias de Jerusalén nos piden acordarnos de ellas en la precariedad de su situación y de rogar por una justicia que permita la paz en Tierra Santa. La liturgia ecuménica presentada aquí quiere destacar la dimensión fundamental de todo testimonio cristiano, el amor puesto al servicio del Evangelio, de la reconciliación con Dios, y con toda la humanidad y la creación.

Desarrollo de la celebración

La celebración incluye: (I) la reunión, (II) la celebración de la Palabra de Dios, (III) las preces de arrepentimiento y paz, (IV) la letanía de la unidad de los cristianos, (V) el envío.

I) Reunión

Según las prácticas locales, los símbolos convenientes pueden llevarse y colocarse delante de la asamblea durante el himno de apertura. Después del saludo inicial por la persona que preside, algunas palabras de bienvenida pueden ser expresadas por las comunidades y los responsables reunidos para celebrar. Se invita a la asamblea a prepararse para celebrar y alabar a Dios con las fórmulas de apertura y una oración introductoria bajo forma de letanía según la manera tradicional oriental.

II) Celebración de la Palabra de Dios

La lectura de los Hechos de los Apóstoles es central y a partir de ella se organizan las otras etapas de la celebración. Al elegir este texto de los Hechos, el comité preparatorio de Jerusalén se proponía acentuar las ideas de fidelidad a la enseñanza de los apóstoles y de puesta en común de todos los bienes como claves de la unidad. La homilía puede desarrollar estos temas, o insistir en la necesidad de que los cristianos extendidos por el mundo apoyan en la oración a sus hermanas y hermanos que, en la Ciudad Santa, dan prueba del Evangelio del amor.

Después de la homilía, se puede tener un tiempo de meditación silenciosa o acompañado de música. Una ofrenda o una colecta en favor de los cristianos y sus instituciones (escuelas, hospitales, etc.) podrá tener lugar e ir dirigida a una organización eclesial conveniente.

III) Oración de arrepentimiento y paz

Un gesto simbólico puede tener lugar durante esta oración.

Opción n° 1: Velas llevadas en procesión durante la liturgia de apertura y colocadas a la vista de la asamblea pueden ser apagadas una a una, después de cada fórmula del rezo penitencial, mientras se deja una gran vela o el cirio pascual encendido, y se apagan las luces de la iglesia. Al final de la liturgia de paz, se distribuyen pequeñas velas a las personas presentes. La confesión de fe, que se puede recitar según el credo de Nicea o el símbolo de los apóstoles, o también según otra expresión tradicional de la fe, sigue con el intercambio de la paz en la penumbra. Las velas apagadas se encienden entonces una a una (de la gran vela o el cirio pascual) después de cada intención de la letanía por la unidad de los cristianos. Se invita a los participantes a llevar con ellos las velas que recibieron, a encenderlas cada noche de la semana de oración y, si conviene, colocarlas en su ventana para prolongar esta vigilia de oración y recuerdo de los cristianos de Tierra Santa y de quienes sufren por su fe.

Opción n° 2: Un grupo (de niños o jóvenes por ejemplo) prepara de antemano el “mosaico” (una imagen de Cristo, una cruz, la imagen de una iglesia, cualquier otro símbolo de unidad juzgado conveniente) y lo divide en grandes pedazos. Durante la letanía de la unidad de los cristianos, representantes de las comunidades presentes colocan los pedazos del mosaico sucesivamente en un marco, delante de la asamblea. Al final de la letanía, el mosaico representará la unidad de todos los cristianos en el único cuerpo de Cristo, en la diversidad que muestra la riqueza del don que Dios hizo a las Iglesias.

Opción n° 3: El incienso puede ser ofrecido por los miembros de cada una de las comunidades después de cada fórmula del rezo penitencial, para significar la misericordia de Dios que se extiende sobre nuestros pecados y la gracia de Dios que nos sana. Un recipiente que contiene carbón de madera encendido puede colocarse en el centro de la asamblea o cerca del lugar donde se efectuarán las lecturas de la Escritura. Después de cada fórmula penitencial, el lector u otro miembro de la

asamblea pondrá incienso sobre el carbón de madera. Este gesto expresa la voluntad de la asamblea de reconocer su pecado y de acoger en respuesta la misericordia de Dios.

IV) Letanía de la unidad de los cristianos

Estas fórmulas se inspiran sobre la situación de las Iglesias en Jerusalén. No obstante, en función de la situación local, se pueden sustituir por fórmulas propias del lugar, con el fin de manifestar cómo se pretende por todas partes superar las divisiones y tender a la plena comunión visible. El presidente y el lector dirigen la letanía, respondiendo la asamblea cada vez. La letanía se concluye por la recitación del Padre Nuestro. Cada uno puede pedir en su propia lengua o en arameo, lengua en uso para algunos cristianos de la Ciudad Santa (véase apéndice).

V) Envío

La asamblea invoca la bendición de Dios sobre sus miembros, enviados para ser embajadores de la Buena Noticia de la reconciliación. Un himno puede cerrar la celebración.

DESARROLLO DE LA CELEBRACIÓN ECUMÉNICA

P.: Presidente de la celebración

A.: Asamblea

L.: Lector

I. Reunión

Himno de apertura

Invocación de apertura

P.: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

A.: Amen.

Fórmulas de apertura

P.: A todos los cristianos de Jerusalén y a los fieles que están en NN, gracia y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo (1 Tes 1,1).

A.: Demos gracias a Dios.

Saludos

P.: Dios de misericordia y amor, tú nos has creado a tu imagen.

A.: Te alabamos y te damos gracias.

L.: Nos reunimos en tu nombre, para implorar que restaures la unidad de todos los que confiesan a tu Hijo Jesucristo como Señor y Salvador de toda la humanidad.

A.: Dios nuestro, escúchanos y ten piedad de nosotros.

L.: Apóyanos en nuestra debilidad y fortalécenos por tu Espíritu Santo.

A.: Envía tu Espíritu y reúnenos en la unidad.

L.: Roguemos al Señor:

A.: Kyrie, kyrie eleison.

L.: Dios de gracia, tú has prometido por tus profetas hacer de Jerusalén una morada para una multitud de pueblos, y una madre para un gran número de naciones. Escucha nuestras oraciones para que Jerusalén, la ciudad que has visitado, sea un lugar donde todos puedan permanecer contigo y encontrarse en la paz. Roguemos al Señor.

A.: Kyrie, kyrie eleison.

L.: Dios de misericordia, que tu Espíritu vivificante anime todos los corazones, para que se eliminen las barreras de separaciones, que desaparezcan las sospechas, que cesen los odios y que tu pueblo, curado de sus divisiones, pueda vivir en la justicia y en la paz. Roguemos al Señor.

A.: Kyrie, kyrie eleison.

L.: Dios de amor, escucha nuestras oraciones por tu ciudad santa, Jerusalén. Pon fin a sus sufrimientos y réunela en la unidad. Haz que tu morada vuelva a ser una ciudad de paz y luz para todos los pueblos. Fomenta la concordia en la ciudad santa y entre todos sus habitantes. Roguemos al Señor.

A.: Kyrie, kyrie eleison.

P.: Abre ahora nuestros oídos y nuestros corazones para escuchar la proclamación de tu Palabra y ayúdanos a vivir con más fidelidad en todo lo que hacemos y decimos, para que tu nombre sea glorificado y se extienda tu reino, Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

A.: Amén.

II. Liturgia de la Palabra

P.: Sabiduría. ¡Estemos atentos!

Antiguo Testamento: Génesis 33,3-4 o Isaías 58, 6-10

Salmo 96, 1-13

A.: Cantad al Señor un canto nuevo porque ha hecho maravillas (u otro himno basado en el Salmo 96)

L.: Vv 1,2,3.

L.: Vv. 4,5,6.

L.: Vv.7,8,9

L.: V. 10

L.: Vv. 11, 12a

L.: Vv. 12b, 13

Segunda lectura: Hechos 2, 42-47

Aleluya (*cantado*)

Deja allí tu ofrenda allí mismo delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; luego regresa y presenta tu ofrenda (Mt 5,24).

Aleluya, aleluya.

Evangelio: Mateo 5, 21-26

Homilía/Sermón

Himno

III. Oración penitencial

P.: Con las Iglesias de Jerusalén, roguemos al Señor.

Recordamos que los creyentes eran asiduos en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión fraterna. Confesamos nuestras faltas de fidelidad y fraternidad. Roguemos al Señor.

A.: Señor, ten piedad.

P.: Con las Iglesias de Jerusalén, roguemos al Señor.

Recordamos que el temor ganaba todos los corazones y que eran testigos de muchos prodigios y señales. Confesamos la estrechez de nuestra vista que nos impide descubrir la gloria de tu obra en medio de nosotros. Roguemos al Señor.

A.: Señor, ten piedad.

P.: Con las Iglesias de Jerusalén, roguemos al Señor.

Recordamos que los creyentes ponían todo en común y ayudaban a los que estaban en necesidad. Confesamos que nos agarramos a nuestros bienes en detrimento de los pobres. Roguemos al Señor.

A.: Señor, ten piedad.

P.: Con las Iglesias de Jerusalén, roguemos al Señor.

Recordamos que los creyentes oraban con asiduidad y partían el pan entre ellos en la alegría y la simplicidad del corazón. Confesamos nuestra falta de amor y generosidad. Roguemos al Señor.

A.: Señor, ten piedad.

Seguridad del perdón de Dios

P.: He aquí lo que ha sido anunciado por el profeta Joel: “Sucederá en los últimos días, declara el Señor, que extenderé mi Espíritu sobre toda carne... Entonces cualquiera que invoque el nombre del Señor se salvará”.

Nosotros esperamos la llegada del Señor, nosotros tenemos también la seguridad de que, en Cristo, somos perdonados, renovados y restablecidos en la unidad.

Fórmula de paz

P.: Cristo es nuestra paz. Nos reconcilió con Dios en un único cuerpo por la cruz; nos reunimos en su nombre y compartimos su paz.

Que la paz del Señor esté siempre con vosotros.

A.: Y con tu espíritu.

Profesión de fe (*Símbolo de los Apóstoles, de Nicea, u otra fórmula adaptada*)

Himno

IV. Letanía de la unidad de los cristianos

P.: En Cristo el mundo se reconcilia con Dios que nos confía el mensaje de la reconciliación. Somos embajadores de Cristo, encargados de su obra de reconciliación, y elevamos a Dios nuestras peticiones:

L.: Cuando oramos juntos en la diversidad de nuestras tradiciones,

A.: Tú el Santo, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

L.: Cuando leemos la Biblia juntos en la diversidad de nuestras lenguas y nuestros contextos de vida,

A.: Tú que te revelas, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

L.: Cuando establecemos relaciones amistosas entre judíos, cristianos y musulmanes, cuando destruimos las paredes de indiferencia y odio,

A.: Tú el misericordioso, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

L.: Cuando trabajamos por la justicia y la solidaridad, cuando pasamos del temor a la confianza,

A.: Tú que fortificas, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

L.: Por todas partes donde se sufre guerra y violencia, injusticia y desigualdades, enfermedad y prejuicios, pobreza y desesperación, atraéndonos hacia la cruz de Cristo y los unos hacia los otros,

A.: Tú que fuiste herido, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

P.: Con los cristianos de Tierra Santa, damos testimonio también del nacimiento de Jesucristo en Belén, de su ministerio en Galilea, de su muerte y su resurrección, y de la llegada del Espíritu Santo en Jerusalén; imploramos la paz y la justicia para todos, en la segura y firme esperanza de la llegada de tu reino,

A.: Tú Dios trinitario, tú que nos unes, haz visible nuestra unidad y da al mundo la curación.

Padre Nuestro (*cada uno en su propia lengua*)

V. Envío

La asamblea invoca la bendición de Dios sobre sus miembros que son enviados para ser embajadores de la Buena Noticia de la reconciliación. La celebración puede terminar con un himno.

P.: Que el Padre, que es fiel a sus promesas y del que la ayuda nunca falta, os sostenga en su lucha por la justicia y sus esfuerzos para poner término a las divisiones.

A.: Amén.

P.: Que el Hijo, que santificó la Tierra Santa con su nacimiento, su ministerio, su muerte y su resurrección, os conceda la redención, la reconciliación y la paz.

A.: Amén.

P.: Que el Espíritu Santo, que reunió en la unidad a los primeros cristianos en Jerusalén, os una en la fidelidad a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones, y os fortalezca para predicar y vivir el Evangelio.

A.: Amén.

P.: Que os bendiga y os guarde el único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que os ayude a proclamar su Buena Nueva en todo el mundo.

A.: Demos gracias a Dios.

Bendición

A.: Que la bendición del Dios de la paz y la justicia os acompañe;

Que la bendición del Hijo que limpia las lágrimas de todos los que sufren en el mundo os acompañe;

Y que la bendición del Espíritu que nos invita a la reconciliación y a la esperanza os acompañe ahora y siempre.

Amén.

Himno